

ala delta

Pedro SORIA

FERNÁNDEZ-MAYORALAS

**NUEVOS CASOS
DE LOS DETECTIVES
LÓPEZ Y BALDOSILLO**



López y Baldosillo forman una pareja de detectives un tanto estrafalaria, aunque muy eficaz para resolver casos de lo más insólitos. Tendrán que buscar a quien robó una momia egipcia y descubrirán a un ladrón de joyas interrogando a un perro.

Pedro Soria Fernández-Mayoralas, licenciado en Derecho, tiene la escritura como *hobby*. Sus libros, donde mezcla el humor con la intriga, hacen las delicias de los jóvenes lectores.

Índice de contenido

Cubierta

Nuevos casos de los detectives López y Baldosillo

Un médico en apuros

I

II

III

IV

V

VI

El robot loco

I

II

III

IV

V

Una momia de ida y vuelta

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Un niño terrible

I

II

III

IV

VI

El perro que sabía demasiado

I

II

III

IV

V

VI

VII

Viaje a París

I

II

III

IV

V

VI

VII

La nueva estrella

I

II

III

IV

V

VI

VII

Notas

Un médico en apuros

I

LÓPEZ hojeaba el periódico sentado en el viejo sillón heredado de su abuelo materno –cojo, como éste–, con su habitual interés rayano en el sueño, cuando de pronto, sorprendido por lo que acababa de leer, abrió la boca dejando caer el cigarro sobre sus pantalones grises de franela. El quemazo y el agujero resultante no fueron obstáculo para que se pusiese en pie y se dirigiese apresuradamente hasta la otra habitación de la casa, donde Baldosillo se entretenía haciendo solitarios.

–Lee lo que dice aquí –le dijo López tendiéndole el periódico.

–*Ningún máximo acertante esta semana en las quinietas* –leyó en voz alta Baldosillo–. ¡Es una pena!

–¡No, eso no! ¡Ahí, más abajo!

–*El doctor Alberto Talidón fue raptado ayer por la noche en su clínica por unos desconocidos* –Baldosillo hizo una pausa para refrescar su memoria–. ¿El famoso médico?... ¿El de la cirugía plástica?

–El mismo. No sé qué motivos pueden tener para...

La conversación fue interrumpida por una llamada telefónica. López salió de la habitación y charló brevemente con alguien. A los tres minutos entró de nuevo. Baldosillo cronometró rigurosamente este tiempo, puesto que no tenía nada mejor que hacer.

- ¿A que no te imaginas quién ha llamado?
–La mujer del doctor Talidón –contestó Baldosillo con aplomo.
–¿Cómo lo sabes?
–Instinto profesional –López se rascó la cabeza sorprendido–. ¡Oye!, te has hecho un agujero en el pantalón.
–¡Ah!, no me había dado cuenta.

II

En cualquier investigación que se precie de tal, el primer paso es acudir al lugar de los hechos. Las teorías al uso dicen que allí vuelve el delincuente, pero es cierto y comprobado que antes que él acuden otras personas.

El autobús urbano les dejó justo a la puerta de la Clínica El Buen Dolor. Durante el trayecto, Baldosillo fue pisoteado sin piedad por una pandilla de jóvenes quinceañeros, que antes de bajar del vehículo repitieron el ritual de aplastarle el pie izquierdo.

La clínica era un antiguo hotelito de tres plantas, debidamente remozado y pintado de blanco. Estaba rodeado de un pequeño jardín en el que predominaban los geranios y los rosales, entre otras variedades de plantas.

Un celador con cara de pocos amigos les salió al paso en cuanto traspasaron la puerta de entrada.

–Venimos de parte de la señora Asun Pirina, a investigar –dijo López al ver la cara de aquel sujeto.

El hombre hizo una llamada de comprobación y acto seguido los condujo hasta el despacho del médico ausente. Mientras observaban la habitación, apareció una enfermera. Era una mujer joven, rubia, atractiva, de ojos verdes; toda una belleza.

–Soy Teresa, la ayudante del doctor Talidón. Yo estaba en la sala de rayos X cuando ocurrió todo. Siento no po-

der ayudarles.

—¿No vio nadie lo que pasó? —preguntó Baldosillo, sin dejar de mirar hipnotizado a los ojos de la enfermera.

—Me parece que no. Todo fue muy rápido, y a una hora en que hay poca gente en la clínica.

—Ya —dijo Baldosillo, sin dejar de mirarla a los ojos.

López, que entre tanto había estado buscando alguna pista por la habitación, encontró en el suelo, debajo de la mesa, algunas monedas desparramadas: dos pesetas, cuatro duros y dos de cien.

—¡Qué raro! —exclamó la enfermera; conocía los hábitos de su jefe, y entre ellos no estaba el de tirar el dinero.

—Se le habrá caído —intervino Baldosillo.

—Puede significar algo —dijo López, concentrado en la investigación.

El celador apareció para avisar a la enfermera de que la estaban esperando en la consulta.

—¿Has visto qué ojos tan bonitos tiene? —dijo Baldosillo a su amigo cuando estuvieron solos.

—Sí —respondió López sin prestarle atención, mientras miraba embobado las ocho monedas que tenía sobre la palma de la mano—. Doscientas veintidós —pronunció en voz baja.



Baldosillo se dedicó a investigar la vida del médico raptado: salvo tres o cuatro multas de tráfico y algunas consumiciones sin pagar en la cafetería de un conocido hospital, no había nada de extraño en su conducta privada que hiciese sospechar algún motivo oculto en el rapto.

López, por su parte, seguía dándoles vueltas a sus cuentas: «doscientas veintidós, doscientas veintidós...», repetía incansable.

–Pareces un aprendiz de loro –le dijo Baldosillo, cansado de oír la voz monótona de su amigo durante tanto tiempo.

–¡Ya lo tengo! –gritó de pronto López, dando un salto e incorporándose ágilmente en el sillón donde estaba sentado (el del abuelo).

–¿Qué pasa?

–«222» es el nombre de un bar situado en la avenida de Saturno. Lo recuerdo perfectamente porque un día que paseaba por allí me llamó la atención el cartel y entré a tomar un refresco.

–¿A qué esperamos?

Los intrépidos detectives se pusieron en marcha y una hora más tarde se encontraban en la puerta del local. El «222» era un bar corriente y moliente, de los que abundan a docenas en todas las ciudades, donde despachan bocadillos con tortilla de siete días después de media hora de estar apalancado a la barra.

El dueño, un hombre delgado y espirituoso con delantal blanco, les informó de que la última vez que había visto un médico fue cuando pasó la revisión médica en el colegio. Cuando le enseñaron la foto del aludido, lo confundió con un futbolista de segunda división.

Tras la infructuosa pesquisa, nuestros amigos regresaron cabizbajos; sobre todo López, que había tenido la idea. Para consolarse, entraron en un cine de barrio donde ponían un programa doble de los hermanos Marx. A la salida, dos rostros sonrientes retomaban la investigación dispuestos a llegar hasta el final.



IV

López seguía dándole vueltas a lo que consideraba una pista dejada por el secuestrado: las monedas. Su idea

casi llegaba a ser obsesiva, y esto irritaba a su amigo, quien creía que había una explicación bastante más sencilla: el médico tenía un agujero en el bolsillo del pantalón.

La prensa hablaba del fracaso de la policía en la localización de la víctima. No había ni una sola señal.

Para evitar el enfado de su amigo, López pasó de la palabra a la escritura, por lo que estaba todo el tiempo dibujando 222, 222, 222, con distintas formas y tamaños. En su afán por hacer números diferentes cada vez, dibujó unos dotes que parecían patitos de los que se pintan en la escuela de párvulos. Este detalle fue observado por Baldosillo:

—Parecen patos.

—¡Sí! ¡Patos! —López dio un brinco (últimamente estaba muy atlético) y besó la calva de su amigo.

—Oye, no te pases, ¿eh?

—¡Vámonos, rápido!

—¿Adónde?

—A la Clínica Los Patos.

La Clínica Los Patos era propiedad del doctor N* * * (no damos su nombre para no empañar la reputación del interesado, quien todavía ejerce la medicina en un lugar desconocido del globo terráqueo), no menos famoso que el raptado, y compañero suyo en épocas pasadas, lo que lo colocaba en una situación un tanto comprometedor.

Intentaron ver al doctor N* * *, pero no los dejaron pasar alegando que estaba muy ocupado. A quien sí que vieron nuestros amigos en el vestíbulo fue a la conocida actriz de cine Cristina Cristal, rodeada de una pléyade de admiradores. Baldosillo le miró los ojos: era verdes, como los de la enfermera.

La bella actriz pasó por su lado dejando tras sí un olor a perfume caro. López arrancó a Baldosillo de su ensimismamiento y ambos salieron a la calle. Para López, la presencia de la bella dama era algo más que una casualidad; para Baldosillo era un milagro.

V

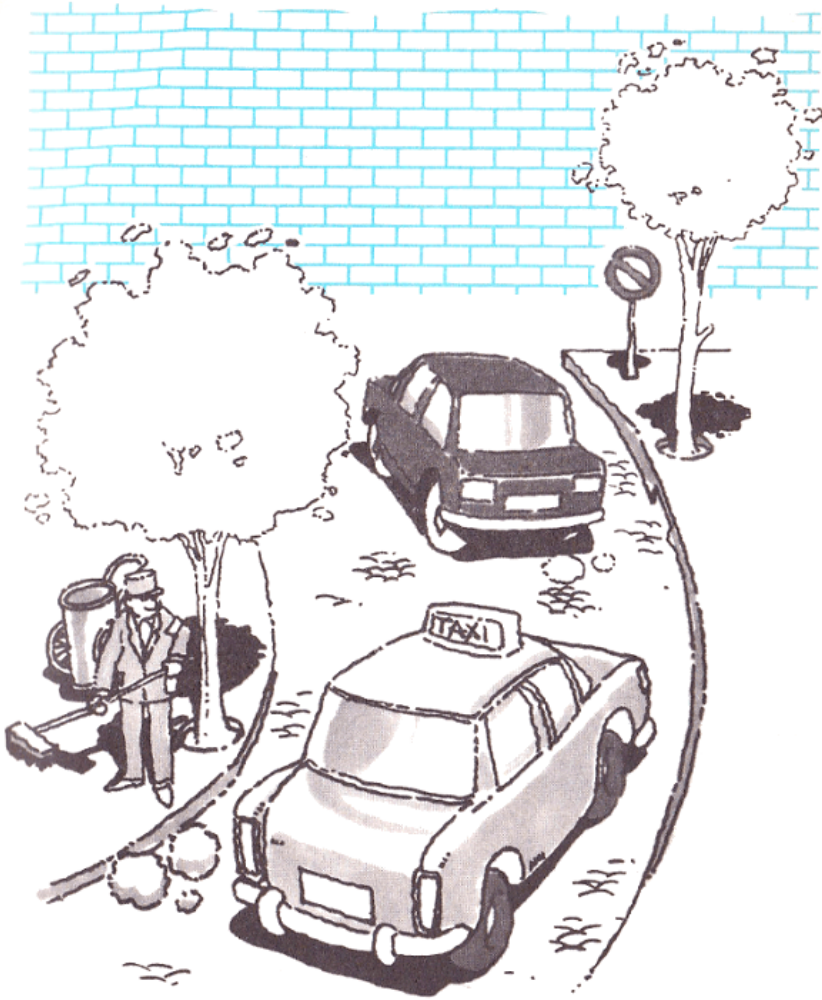
Resolvieron volver a la clínica por la noche y esperar a que saliera el doctor N* * *. Desde la cafetería de la misma clínica se podía ver la puerta principal, por lo que se sentaron en sendos taburetes a tomar un café.

A la media hora aproximadamente vieron salir a N* * * embutido en un abrigo negro que casi le llegaba a los tobillos. El médico subió a su coche y los dos detectives cogieron un taxi.

—¡Siga a ese auto! —ordenó Baldosillo, sintiéndose el héroe de alguna serie americana de televisión.

El taxista, que tenía poco de americano, lo miró con desconfianza, porque a él eso de ir detrás de la gente no le gustaba nada.

Salieron de la ciudad por la autopista P-2. El médico conducía a gran velocidad, por lo que resultaba difícil perseguirlo.



–¿No puede ir más de prisa? –preguntó, aunque casi sería mejor decir exigió, Baldosillo.

–Oiga, esto es un taxi, no un fórmula 1 –replicó el taxista con una ligera mirada hacia el asiento de atrás, sintiendo herido su amor propio.

Por fin, el coche del médico se detuvo delante de una pequeña casa, después de desviarse un kilómetro de la

autopista por un camino sin asfaltar.

Nuestros amigos se acercaron sigilosamente a la casa. Dentro había luz. Abrieron la verja sin hacer ruido y se aproximaron hasta la ventana de la habitación iluminada.

Cuál no sería su sorpresa al observar a través de las deshilachadas cortinas la figura del doctor Talidón, quien, con las manos atadas a la espalda, dormitaba sobre un sucio sofá rojo, bajo la atenta vigilancia de dos tipos peligrosos y sin afeitar.

No hicieron falta más pruebas. En seguida, Baldosillo y López salieron tan sigilosamente como habían llegado y volvieron a subir en el taxi que los esperaba a una prudente distancia con las luces apagadas. El taxista, entre tanto, se había dormido.

—¡Rápido, hay que avisar a la policía! —dijo López para despertarlo. El taxista creía que estaba soñando:

—¿Qué, qué...?

—Volando hacia el teléfono más próximo —sugirió Baldosillo, temeroso de que el hombre le saliese respondón.



VI

El doctor N* * *, en tiempos amigo de su colega Alberto Talidón y en la actualidad fiero competidor en el ne-